

desta losa se encerraba el poema de su vida, allí quedaron sepultadas sus virtudes y sus faltas, su belleza y sus padeceres; y en el silencio de aquel quieto albergue se evaporaban una por una, dia por dia, y minuto por minuto, todas las emanaciones de aquel cuerpo corrompido, trasformados en otros tantos hilos vaporosos que se elevaban al empíreo para formar parte de otro firmamento mas positivo y duradero que nuestro súcio y cenagoso suelo.

Allí acudieron las dos hijas de Margarita, y postradas ante su tumba, cubrian de siemprevivas y mirto su frio y petrificado sudario: allí oraban con fervor, y mezcladas sus oraciones con suspiros y con llanto, formaban un grupo digno del pincel de Salvator Rose; mientras que Gaspar y Casilda, de pié y á cierta distancia, contemplaban admirados aquel cuadro sublime del sentimiento, aquella verdadera y elocuente manifestacion del amor filial.

XVIII.

ANTIGUAS TRADICIONES.

En el año de 1512, como es de suponer, la villa de Madrid ni era córte, ni heróica, ni coronada; no porque en realidad sus hijos no contaran proezas bastantes ni títulos suficientes para que su cuna mereciese tan brillantes blasones, sino porque faltaban veinticinco años para que Valladolid, entonces córte de ambos mundos, presenciase el nacimiento del rey que habia de revestir á Madrid con tan pomposa distincion. El Madrid de entonces era poco mas que el Carabanchel de hoy, y sin embargo de esto, y de que sus buenos habitantes ni conocian la invencion de la prensa, aunque ya llamaba á las puertas del mundo, ni el vapor, ni la electricidad, ni la fotografía, ni el algodón-pólvora, ni el cloroformo, ni el ictíneo, ni los cañones rayados, ni los rewolvers, ni los fósforos, ni otras muchas cosas sin las cuales no podria existir el siglo de la ilustracion; sin embargo de esto, repetimos, nuestros abuelos han vivido sin ellas, y lo que es mas, han sido felices. Tan cierto es que la ignorancia constituye una buena parte de la felicidad. Y si no lo fueron, por lo menos creyeron serlo, lo cual viene á ser igual.

Habia en la plazuela de la Paja muchos grupos de gentes desocupadas; entre ellos habia uno compuesto de personas heterogéneas, es decir, de dos mujeres y dos hombres, cuyos trajes indicaban pertenecer á la clase baja del pueblo, y otros dos sugetos, cuyas sedosas capas y finas plumas del sombrero, daban á conocer que eran señores.

Despues de haber disertado largamente sobre la lluvia y del buen tiempo; despues de haber hablado de las comadres del barrio; despues de haber contado con sus pelos y señales los diferentes episodios ocurridos en la batalla del Salado, en la toma de Algeciras y otros sucesos mas ó menos recientes, se acercó al corro un hombre de sotana, de cuyo pescuezo colgaba un gran cepillo de madera con una campana pintada al frente.

—Ya se acerca Romualdillo, dijo una de las mujeres del corro.

—Que estos señores apronten los cuartos, pues no es cosa de que por unos ochavos mas ó menos dejemos de tener este año buena cosecha.

—Siempre será algun embaucador, dijo uno de los asistentes; por todas partes piden dinero, y lo que yo veo es que todo lo que se recoje va á parar á las iglesias.

—No digais heregías, exclamó la mujer que habia hablado la última; lo primero en este mundo es tener temor de Dios, sin eso no hoy nada; y si todos pensaran así, ahí no es nada á donde iriamos á parar. Esa campana que lleva pintada en el cajon, representa una historia de lo mas interesante y que pertenece esclusivamente á esta iglesia.

—Pues contadla, digeron algunos de los del corro.

—No, repuso la mujer: yo no sé contar esas cosas, porque aunque las he oido mil veces, no se me queda en la cabeza, y á lo mejor se me olvida lo mas principal; pero aquí el señor, que pertenece á la congregacion de la Purísima Concepcion y sabe al dedillo toda la vida de San Isidro Labrador, hará el gasto.

—Pues que lo cuente el señor, digeron varias voces á un

tiempo. Y á todo esto ya habia recogido Romualdillo unos cuantos sufragios que habian metido en su cepillo varios individuos de aquel corro.

—Que lo cuente, repitieron; y estrechándose las distancias de los seis individuos, disponíanse todos á escuchar sin respirar las palabras del orador designado.

—Pues señores, dijo este, habeis de saber que la iglesia de San Pedro, antes de ser iglesia fué collacion, y antes de esto, hubo en ese mismo sitio unos baños que mandó derribar el rey D. Alonso X. Mas tarde todo esto fué destrozado, y cuando en 1512 se trató de edificar esta iglesia tal como la veis, sucedió que despues de hecha la torre y el campanario, despues de colocado el castillejo y subida la campana cerca del punto que debia ocupar, sin duda por el descuido incalificable de no haberse tomado bien las medidas, se encontraron los maestros alarifes con que la campana no cabia en el hueco. Apeáronla otra vez y dejáronla en el suelo, mientras reunidos los mas afeados mudejares de la época, se acordaba si convendria fundirla de nuevo ó derribar el campanario, haciéndole de nuevo segun las medidas necesarias.

Pero es el caso que al dia siguiente por la mañana, cuando se presentaron en el sitio de la ocurrencia con su deliberada resolucion, hallaron colocada la campana en su sitio sin haberse rozado siquiera la torre, y sin saber quien la pudo poner, ni quien fuera capaz de vencer las grandes dificultades presentadas en la tarde anterior. Preguntóse por todas partes, hicieronse averiguaciones de todo género, corrió la voz por todo Madrid, y grandes y chicos corrian hácia la iglesia de San Pedro; pero nadie daba razon de haber visto persona alguna por aquellos alrededores, ni oido ruido de ninguna especie. Por todo lo cual se comprendió que habia sido colocada por ministerio de los ángeles, pues de otro modo era imposible.

—Vaya, vaya, dijo uno de los que escuchaban la relacion, eso es ya querer hacernos comulgar con ruedas de molino. Las inventan ya tan grandes, que no pasan. ¿Quien ha de creer que los ángeles, que son unos espíritus, puedan cargar con la cam-

pana, subirla hasta esa altura, arreglar el hueco, y colocarla ni mas ni menos que si fuera un bizcocho?

—Toma, dijo una de las mujeres: con decir que fué un milagro, está dicho todo; y claro está que ha de ser una cosa muy rara, porque si nos dijeran que la campana no se habia movido del suelo, eso no tenia nada de particular.

—Que siga contando la historia y dejémonos de reflexiones, dijeron otros; pues si comenzamos á poner en duda las cosas, dudariamos hasta de... ¡Jesus, María y José, lo que iba á decir!

—Que siga, dijeron los demás.

—Pues sigo, dijo el narrador! y ya que tan incrédulo se muestra éste, que se prepare á oír el resto, que no deja de ser curioso, y entonces veremos lo que se le ocurre. Ya nadie dudaba del milagro; y cuando todo Madrid se hallaba atónito y extasiado, mirando con la boca abierta la campana en su lugar, esta comenzó á dar vueltas ella sola, y ahuyentó una tempestad que se venia encima, quedando el cielo mas limpio que un cristal. Y no es esto solo, sino que huyendo los espíritus malignos, se oyeron mas de una vez ciertos alaridos por los aires que decian: « ¡Huyamos, que suena la campana de San Pedro! »

—Basta, dijo el incrédulo: eso se lo cuentas á tu tia, que tiene buenas tragaderas, pues por mi garguero no pasa.

—¡Ave María! dijo otro de los circunstantes, no parece sino que este hombre no ha oido nunca ningun milagro. El milagro es un acto del poder divino enteramente contrario á las leyes naturales: los hay que son emanados del poder, y los hay que son producidos por la caridad. El objeto de los primeros es tan solo el de causar admiracion, al propio tiempo que convencer á los espíritus incrédulos; mientras que los segundos llevan siempre el consuelo á alguna alma desgraciada, produciendo, además de la sorpresa, el amor á la religion, mezclado con una buena dosis de agradecimiento. Es decir que los primeros admiran y rechazan, mientras que los segundos alivian y seducen. Y habeis de saber que el principal carácter de un milagro consiste cabalmente en la imposibilidad de poderse explicar.

—Pues todo eso es música celestial, dijo el otro; y yo creo que contando los mortales con tanto milagro permanente como es el sol, la luna, las estrellas y nuestra propia existencia, pues en realidad no sabemos cómo vivimos, ni cómo nos movemos, hacemos mal en inventar otros que se hallen en contradicción con las leyes naturales.

—Bueno, dijo la mujer que había hablado antes: que concluya la historia y nos explique por qué recoge limosnas ese sacristán ó monaguillo, ó lo que sea, pues por lo visto debe tener bien repleto su monago.

—Vaya si lo tiene, prosiguió el narrador; como que los labradores de todas estas cercanías, convencidos del prodigio de la campana para ahuyentar los nublados, apenas se aproxima el tiempo de la recolección, depositan sendas limosnas en poder del sacristán de San Pedro, lo que, dicho sea de paso, le produce mas renta que la que disfruta el padre cura de la parroquia, y con esto el sacristán, agradecido á tanto favor, ha hecho que le pinten esa campana que habeis visto en el cepillo, y apenas divisa el menor nublado, suelta la campana y los labradores quedan contentos.

—¿Aunque caiga el agua á cántaros?

—Claro está.

—¿Aunque caiga un pedrusco que les estropee toda la sembrera?

—Hombre, no.

—Pues entonces, ¿de qué sirve la campana?

—Les sirve de consuelo, de entretenimiento y de lucro para el sacristán.

—¿De dónde diablos has sacado tú esa historia? ¿Qué datos hay para creerla?

—Pues ahí no es nada: acércate á la iglesia y allí verás colgado un cuadrado con una campana en el aire sostenido por dos ángeles que la suben al campanario, y este letrado debajo:

Con mi voz llamo á los cristianos,
espanto á los demonios,
y desparramo los nublados.

—Dínos ahora que el cuadro se ha pintado y colgado solo, y acabarás de convencerme. Así, pues, no hablemos mas, y oidme ahora otra historia de esta parroquia, ó por lo menos de este sitio, que de seguro no la sabeis: en ella no vais á oír nada que salga de la esfera ni del órden natural, nada que ofenda al buen sentido, ni que mortifique la imaginacion, llenándola de dudas y secando las fuentes de la credulidad y de la fé; pero acaso os interese algo mas, y sobre todo, os ilustre acerca de la historia de Madrid.

Lo que vais á oír es una leyenda, pero no tonta, insípida ó fastidiosa; no un cuento propio para dormir chiquillos ó entretenir á cuatro viejas, sino todo un trozo histórico, una página arrancada á los anales de nuestro pueblo, una hoja que separada de su tallo y conservada en el líquido bienhechor, ha podido escapar á la suerte de sus hermanas, ya secas y descarnadas á impulso del inexorable *solano*. Recorred la vista por todos estos sitios que alcanzamos, y de los cuales puede decirse que la iglesia de San Pedro es el punto céntrico. La primera que veis á la izquierda es la Casa del Almendro; mas allá está el almudí de la villa, luego las casas de Ivan-Vargas, luego la casa de los condes de Santistéban, las de los marqueses de Camarasa, las de los condes de San Vicente, de Abrantes, del Rafal, y finalmente, las de Hernando de Luxán. Pues bien: al lado de la primera y en ese llano que veis ahí casi tocando con la iglesia de San Pedro, reparad bien y vereis ocultos entre unos tilos algunos capiteles rotos, algunos restos de columnas, una metopa ya calcinada por el tiempo; vestigios todos de haber existido en otros tiempos y en ese mismo sitio algun monumento. Y así fué en efecto: sabed que allí fué una preciosa capilla gótica titulada *Stella maris* (la estrella del mar), bajo la advocacion de la Virgen María.

Era, como digo, un edificio elegante y sagrado, que cuando todo esto era un campo erial, levantó á sus espensas una jóven llamada Celia, sumamente agradecida al favor de la Virgen, que la libró de un seguro naufragio.

Era el año de 1085, condenada España á combatir siglos y

siglos con estrañas gentes antes de conquistar su independencia, multiplicábanse las invasiones, redoblábanse los esfuerzos de los españoles; porque habeis de saber que este conjunto de pueblos á cual mas grandes y generosos, nunca podrá ser grande, ni menos mostrar toda su hidalguía si por medio de la unidad no acierta á constituirse y robustecerse. Pero dejemos á un lado esperanzas que Dios sabe si un dia se verán realizadas, y volvamos al hecho.

Los árabes de Sevilla y Badajoz acababan de pedir socorro á sus hermanos los almoravides de Africa, ni mas ni menos que en otro tiempo lo habian hecho los fenicios de Cádiz con los cartagineses; pero así como los de Cartago se convirtieron de auxiliares y amigos, en enemigos y tiranos de los mismos que habian suplicado su ayuda, lanzando de Cádiz y de la Turdetana á los fenicios sus hermanos, así los de Lamtuna se trocaron en opresores y enemigos de sus hermanos los musulmanes de Andalucía y Algarbe, arrojando del suelo español á los mismos, cuya cooperacion habian solicitado.

España era el palenque en que habia de decidirse la solemne contienda empeñada en el otro mundo cristiano y el mundo musulman. Los que esta vez vinieron fueron los almoravides, innumerable enjambre de moros berberiscos, lamtunas, gornelles, mazamudas, gazules y zenetas, descendidos todos de la gran cadena del Atlas y conducidos por el famoso Yussuf. Pero es el caso que mientras los musulmanes de raza árabe y de raza africana se destrozan entre sí, Alfonso VI de Castilla recobra á Santaren, Cintra y Lisboa; Sancho y Pedro de Aragon se poseionan de Barbastro y Huesca; Berenguer devuelve la metrópoli de Tarragona al cristianismo; y el Cid se apodera de Valencia. La cruz que ahora poco se ha plantado en la cúpula de la basilicata de Toledo, es el fanal que ha de comunicarnos que la nave de nuestra independencia arribará un dia entre borrascas y escollos á una playa bienhechora.

Los condes de Candespina y de Lara huian de España con sus familias dirigiéndose á la ciudad reputada ya como reina del Adriático; pero en aquella travesía experimentaron una tem-

pestad tan cruel, que ya no les quedaba mas recurso que la oracion. La hermosa Celia, hija del primero de esos condes, ofreció en tan apretado trance que si lograba pisar las calles de Venecia á su regreso á España, levantaria una suntuosa capilla que se titularia *La Estrella del mar*; y habiendo salido todo conforme lo deseaba y regresado á Madrid, al año siguiente cumplió su promesa.

Nada mas delicado ni mas religioso que aquel pequeño templo; era un verdadero monumento de la religion, como lo he leído en un códice que aun se conserva en el archivo de la parroquia; sobre el altar, y en el centro del mas precioso retablo encrustado de oro y pedrería, estaba la estatua de Nuestra Señora de las Tempestades, resplandeciente de hermosura, y como protegiendo desde su escelso trono á los marineros y navegantes.

La imágen, el altar, la capilla, en una palabra, aquella preciada reliquia de piedra, verdadero emblema de la fé de nuestros mayores, verdadera espresion del entusiasmo que animó á los primeros cristianos, todo ha desaparecido bajo la mano inexorable del tiempo: nada existe, y en su lugar tan solo registra un monton de escombros, ó por mejor decir unas cuantas piedras deformes que, á no conocerse su historia, pasan desapercibidas y aun holladas por la planta del frio pasajero. Solo el tio Fulgencio, antiguo pastor de esta comarca, es quien suele llamar la atencion del viajero, é indicándole con su cayado aquel sitio, suele con voz temblorosa decir:

—¿Veis esos dos cachos de columna? ¿Veis ese pedazo de cornisa? Pues bien; esos vestigios son los restos venerados de una capilla que, en los tiempos antiguos, levantó en este lugar la piedad de la hija del conde de Candespina: descubríos, pues aun se percibe el olor del incienso, aun se oyen los ecos de la oracion que en este sitio pronunciaba su ilustre fundadora.

Corre cierta leyenda acerca de esta capilla, y esto es cabalmente lo que me he propuesto contaros; cuando la hayais oido vereis que tambien en lo antiguo habia buenos poetas.

Continuaba en las fronteras de Castilla la guerra con los musulmanes. Frecuentes y recíprocas eran las invasiones, muchos

los combates, diarios los hechos de armas, y variados los resultados de una y otra parte.

Era el año de 1142. Nuño Alfonso, el mismo que por verse derrotado en la conquista de Coria, juró rehabilitar su honor perdido, arrojando los mayores peligros y á fuerza de hazañas y de proezas; el mismo á cuya resolucion contribuyó, no poco, á la entrega del castillo de Mora; el pundonoroso castellano, cuyo solo nombre llegó á ser el terror de la gente musulmana, el que al frente de una hueste se atrevió á penetrar hasta los muros de Córdoba, el que á su regreso fué recibido en triunfo por las calles de Toledo, ostentando en las puntas de las lanzas las cabezas de Aben-Zeta, de Sevilla, y de Aben-Azuel, de Córdoba; ese mismo noble y guerrero caballero estaba enamorado en Madrid de la bella y virtuosa Laura de Ayamonte, y las bodas debian celebrarse en breve.

Pero es el caso que Nuño Alfonso y Martín Fernandez, fueron los elegidos por el Emperador para pasar al castillo de Piedra Negra á impedir las fortificaciones del de Mora que estaba en frente; y apercebido de su llegada el alcaide de Cataluña, salióles al encuentro, empeñándose tan rudo combate, que, puestos en fuga los cristianos, nuestro Nuño no tuvo mas recurso que retirarse á un collado llamado Piedra del Ciervo, desde cuyo punto no volvió á saberse mas de él.

Un año cabal habia trascurrido ya, y la enlutada y triste Laura no hallaba consuelo.

—Mucho tardar es; se decia, y nadie me da noticias de mi buen Nuño; ¡nadie me hace columbrar siquiera la esperanza de que no haya muerto! ¡Cuán desgraciada soy! Estos lutos que visto hace ya seis meses, no han de abandonarme hasta que sepa cuál fué su suerte, y si es la que mi corazon me dice, ¿habrá de servirme de mortaja?

Cuando se acercaba á su mesa de labor y cogia el palillo de marfil con que bordaba al tambor, apenas habia hecho unos cuantos puntos, tenia que dejarlo, porque su pensamiento la llevaba á otra parte; porque la memoria de Nuño Alfonso era una pesadilla que la abrumaba, un tormento que no la dejaba

vivir; gruesas y transparentes lágrimas rodaban por sus pálidas mejillas, y la labor dormía.

—¿Cuándo vendrá?

Tal era su constante pregunta; la frase repetida que salía de su pecho cada vez que exhalaba un suspiro.

Y esto la acontecía á cada instante.

Cierto dia en que el fastidio vino á unirse á la gran tristeza que abrumaba á la infeliz Laura, salió de su casa, no en busca de diversiones, sino para dirigirse á la capilla de Nuestra Señora de la Estrella del mar, donde iba todos los dias.

Vestia un traje de terciopelo; un rico joyar adornaba su cuello; el peinado, aunque sencillo, era elegante; llevaba algunas flores enlazadas en los cabellos; un precioso y trasparente velo, ribeteado de una franja rizada, cubria aquella linda cara de diez y ocho abriles, completando su figura tan perfecta y bien acabada, que podia confundirse con una escultura griega.

Asemejábase á la estatua del dolor, pesarosa y abatida: una blancura casi mate se estendia por los severos contornos de su misterioso semblante, al modo de un velo de encaje sobre el mármol de Carrara, humanizado bajo el diestro cincel de Cánova.

Era una belleza especial, un tipo extraordinario que á la morvidez ática reunia la fiereza, el arrebató y hasta el orgullo de las bellezas meridionales.

Caminaba silenciosa, á pié y con los ojos bajos: cuantos la veian se apartaban espontáneamente para dejarla paso, tal es el fascinamiento que produce la hermosura, la majestad en el porte y la traza distinguida de la persona.

Delante de la dama, cual rica hembra de Castilla, iba un trovador soltando al aire tristes endechas, acompañadas de una bandurria.

Acompañábanla dos pajes.

En torno de la capilla habia unos cuantos tilos, cuyas verdes y flexibles ramas se movian á impulso de la brisa.

Un forastero, pues tal debia ser por el extraño traje que vestia medio militar y medio monje, se acobijaba á la sombra

de los árboles, y parecía ocupado en desabrocharse el cinturón de viaje; sus botas estaban llenas de polvo, y toda su persona parecía cansada; ni llevaba cota, ni espaldar, ni cimera, ni pluma que cayese sobre su cuello: larga y rizada barba guarnecía su rostro, y un desmesurado rosario, con gruesas cuentas de marfil, pendía del lado derecho de su talle; pardo capuz cubría su frente, y una larga espada brillaba á su costado.

Acercábase á él la hermosa jóven, y preciso la era pasar á su lado para entrar en la capilla; pero una ráfaga de aire jugueteando en la caprichosa cabellera de Laura, desprendió la mas bonita rosa que la adornaba, y cayendo al suelo fué rodando á impulsos del aire hasta los piés del extranjero.

Bajóse este, cogió la flor y la llevó á sus lábios; pero en aquel mismo acto se arrojaron sobre él los dos pajes, diciéndole:

—Grandísimo bellaco, deja esa flor que no eres digno de tocar.

Y entonces él, recordando, sin duda, su última derrota, la arrojó al rostro de quien así le habia hablado.

—Ahí la teneis, perros judíos, les dijo; tornad á ponerla donde estaba.

Dijo, y cuando iba á desenvainar la espada, ya los pajes habian hundido en su pecho sus relucientes dagas.

El extranjero yacia cadáver.

Era Nuño Alfonso, que, solo y fugitivo, tornaba de la guerra.

Ya hemos contado lo que despues de las jornadas de Coria le habia ocurrido con su compañero en el castillo de Piedra Negra; ya hemos visto cómo sus laureles de Toledo habian sido marchitados ante el empuje del alcaide de Calatrava: vencido y humillado, habia desaparecido del campo de la gloria, ocultando su vergüenza bajo un rústico sayal. Verdad es que nada le impedia vestir el honroso uniforme de capitan; pero el deseo de sorprender á su bella Laura, á cuyos piés esperaba el perdón de su postrer desastre, le sugirió la idea de disfrazarse de aquel modo.

—¡Dios de Israel! exclamó la infeliz Laura al reconocer á su

prometido esposo. ¿Por qué no habrá dicho quién era desde luego?

Y pálida y moribunda se arrojó sobre aquel monton de carne palpitante convertida ya en un poco de tierra, cogió la rosa empapada en sangre que estaba cerca de su amante, y colocándola en sus cabellos, exclamó traspasada de dolor:

—Su última voluntad fué que esta flor volviese al sitio en que antes estuvo, y quiero cumplirla.

Entró en la capilla, quitóse la corona de flores que adornaba su frente, y postrándose de hinojos, dirigió á la Virgen esta plegaria:

—Recibe, madre de los ángeles, esta ofrenda. Recíbela como el postrer adorno de mi juventud; y al dártela, te prometo que en adelante solo viviré para llorar al que acabo de perder.

Al día siguiente la tijera del claustro habia cortado ya aquella rica y rubia cabellera. Clara de Ayamonte habia tomado el hábito en el convento de Santo Domingo el Real.

Acabó el narrador su relato, y el corrillo de la plazuela de la Paja se deshizo, marchando cada cual por donde mejor le pareció.

El trágico fin de esta leyenda, algun tanto parecido al de Lope de Luna y Margarita de Castro, preocupaba no poco la imaginacion de D. Diego de Mendoza, no del todo dispuesta al perdon y al olvido, á despecho de las promesas que repetidas veces habia hecho. Mendoza se habia acostumbrado á leer en la cama hasta que el sueño le rendia, y á pesar de que esta costumbre acertaba notablemente su vista, era tal el placer que experimentaba, ó mas bien era tal la fuerza de la costumbre, que á pesar de su edad continuaba haciéndolo, y quiso la fatalidad que aquella noche tropezase con un libro en que se referia la tal leyenda.

Habíase sentado Mendoza en un banco de piedra que estaba en la parte exterior de su casa, y allí meditaba largamente, por supuesto siempre sobre el mismo tema, concluyendo casi siempre por decir:

—Y en realidad ¿qué saco yo con exasperarme de ese modo?

¡Cuán feliz no he sido hoy estrechando en mis brazos á la pobre María y echando al olvido rencores que solo sirven para atormentarme? En realidad ya no es fácil que embutido en este pueblo y yendo muy raras veces á la córte, tropiece en mi vida con ningun Luna, único caso en que no responderia de mí, á pesar de todas las protestas. Por consiguiente, ¿á qué atormentar mi espíritu con semejantes ideas? ¿A qué mortificar mi imaginacion con lances improbables? Vivamos sin semejantes pensamientos, y vivamos felices al lado de mis hijas.

De esta suerte reflexionaba, cuando se acercó Gaspar, que venia de dar un paseo, y apenas divisó á su amo tan pensativo y mústio, usando de la franqueza que con él tenia, le dijo:

—¿Qué es eso? ¿Volvemos á las andadas?

—No, Gaspar.

—Sí, digo yo, y mil veces sí. ¿Pues qué, soy yo ciego por ventura? ¿O creéis que no se me ha quedado bastante impresa esa cara de mal humor, para no reconocerla ahora que vuelve? ¡Cuánto mas animado y mas natural estábais poco ha, cuando estrechabais en vuestros brazos á María! ¡Cuán interesante, cuando echábais vuestra bendicion á esta y á Luisa! Así es como quiero yo veros, así, y no con esa cara de juez tan poco seductora.

Mientras que para Mendoza pasaba el tiempo muy distraido en tradicionales pláticas, los enamorados Gonzalo y María no le perdian tampoco, pues apoyados por la astuta Luisa, y aprovechando uno de los momentos en que Casilda se habia dormido, charlaban á sus anchas, él por la parte exterior y ella por la interior de la reja.

Allí se repetian ambos enamorados lo que mil veces se habian dicho ya, pero que para ellos siempre era nuevo y encantador. ¡Feliz prerogativa del amor que trueca en deleitable lo que en otra ocasion siempre es fastidioso y cansado, en halagüeño lo monótono y simple, en placentero lo desapacible y empalagoso. Y sin embargo, preciso es confesar que María y Gonzalo no se hacian un amor vulgar, ni menos se contentaban con dirigirse esas frívolas frases, esos conceptos que todos se

encierran en la interrogacion de *¿me quieres?* ó en la contestacion del *sí te quiero*, sino que, como jóvenes instruidos, su conversacion era muchas veces elevada.

—Creed, Gonzalo, decia María, que el mérito esencial es el que mas nos agrada á las mujeres.

—Comprendo, decia Gonzalo; pero hay que saber la definicion que dais á esa palabra.

—Llamo mérito esencial á la solidez del entendimiento, á la exactitud del juicio, á la estension en los conocimientos, á la prudencia, á la discrecion. En fin, á toda esa cohorte de virtudes que á vosotros los hombres os sirven de estorbo en vez de contribuir á vuestra felicidad.

—Pues no estoy conforme, contestaba Gonzalo: soy de parecer que todas esas virtudes deben trocarse por otros tantos atractivos, por ser la única moneda corriente en el comercio del amor. El verdadero mérito consiste menos en una perfeccion posible que en la del convencimiento. Y sino, decidme: ¿Cuál es el destino de las mujeres? ¿Cuál el papel que tienen que representar? Uno solo: el de agradarnos. Y como los atractivos del semblante, la esbeltez en las formas, todas las cualidades brillantes y ostentosas son los mejores medios de conseguirlo, y las mujeres las poseis en alto grado, ¿por qué no habremos de hacer otro tanto?

—Pues decidme, Gonzalo: la amabilidad de nuestro trato y la naturalidad de nuestras costumbres, ¿no son por ventura los alicientes que forman vuestros mas gratos placeres, vuestras virtudes sociales y hasta vuestro bienestar? Decid francamente si la aficion á las ciencias; si el amor á la gloria, el valor, la amistad misma que tanto apreciáis, y con razon, ¿serian suficientes á haceros perfectamente dichosos, ó al menos os proporcionarían un placer tal que llegase á persuadirlos de que lo érais? Seguramente que no. Nada de eso os sacaria de la fastidiosa uniformidad en que yaceriais sumergidos, y seriais al mismo tiempo los seres mas respetables y los mas dignos de compasion.

—Teneis razon, María, en lo que decís; pero tambien es preciso que vosotras las mujeres os habeis encargado de disipar

esa languidez mortal con la encantadora afabilidad de vuestro trato, con los atractivos que sabeis esparcir en la galantería, con esa alegría retozona, ese amable delirio, ese arrobamiento delicioso, como los únicos medios de despertar nuestra atencion y de hacernos creer que somos dichosos.

—Y á eso os añadiré, dijo María, que al hombre no le basta la posesion de lo necesario; lo supérfluo es lo que le hace rico y le da á conocer que lo es en realidad. No diré yo que las cualidades sublimes sean las únicas que puedan hacerlos apreciables. Nada de eso: y tal vez sea un defecto para el amor el poseerlas. Comprendo que para ser deseado, agasajado, ventajas que tanto lisonjean vuestro amor propio, necesario es ser agradable, divertido, y hasta participar de los placeres de los demás. Y claro está que de nada serviría la exactitud geométrica de vuestro entendimiento ni la precision de vuestra memoria, porque si solo poseeis esas ventajas, si no teneis algunos talentos exteriores que suavicen la aridez de las ciencias, en vez de agradarnos, nos pareceriais un severo censor, y en vez de proporcionarnos distraccion, nos infundiriais respeto.

—Decidme María, dijo Gonzalo, como echando á un lado la sublimidad de los pensamientos, como abandonando las elevadas regiones de la idealidad para descender al terreno material; decidme, María: ¿Podré sin temor declarar mis intenciones á D. Diego? ¿Podré pedirle vuestra mano en la primera ocasion sin arrostrar el peligro de una negativa?

—Dias atrás, contestó ella, os hubiera dicho que sí, porque abandonada de todos y desdeñada por el mismo D. Diego, parecia natural que una demanda de esa especie debiera agrada-
le, siquiera fuese tan solo por desembarazarle de una persona cuya presencia parecia causarle tédio; pero habiéndome hecho últimamente una revelacion solemne y manifestado lo injusto que habia sido conmigo, reconciliándose hasta el extremo de estrecharme cariñosamente la mano, colocándome al nivel de su hija, ignoro si vuestra peticion será bien acogida.

—¿Pero decís que él nunca os ha propuesto ningun marido?

—Nunca.

— Esa circunstancia me hace concebir no poca esperanza, pues al cabo y al fin yo soy un caballero, y vos completamente libre, ó mejor dicho, sin mas lazos que los del agradecimiento. ¿Qué razon podrá tener para rechazar mi pretension? Y si alguna tuviere, ¿creeis que no sabria yo desvanecerla? Estoy resuelto á hablarle en la primera ocasion que se me presente. Sí, adorada María: yo no puedo vivir así; mi existencia es un continuado sufrimiento, y ni tú ni yo debemos permitir que se prolongue por mas tiempo. Le hablaré, le convenceré, nos casaremos y seremos felices.

— La idea de una negativa me horroriza. Y si tal sucediese, ¿qué haríamos? Sufrir y morir.

— No tal, María, no tal; yo no desespero: Dios sabrá proteger nuestro amor, y jamás permitirá que habiendo nacido el uno para el otro, haya un poder humano que pueda separarnos. Y si como dices, has recobrado todo el afecto de D. Diego, tanto mas motivo para que desee verte feliz y en poder del hombre que tan sólo alienta por esa esperanza.

— Pues haced lo que gustéis, que yo tambien deseo salir de este estado tan tirante y que de una vez se descorra el velo de mi negro porvenir.

Tosió tres veces el escudero de Gonzalo, apostado, como ya sabemos, en la esquina inmediata, lo cual queria decir que los enamorados debian separarse, porque D. Diego de Mendoza se dirigia al portal con Gaspar, y su presencia no era nada conveniente cerca de la reja. Al propio tiempo que Villadiego daba el aviso, tambien Luisa, acechando desde la habitacion interior, vió que su padre se recogia, y tirando fuertemente del jubon de María, la dió á entender que debia quitarse de la reja; en seguida despertó á Casilda, y todo volvió á su estado normal.

Entró D. Diego, en efecto, y sin apercibirse de nada de cuanto allí habia pasado, se sentó en una silla que habia junto á la mesa, encargó que le sirvieran la cena, y mientras llegaba ésta y se acomodaban en sus respectivos asientos Luisa y María, se entretuvo repasando la *Gaceta de Madrid* que se hallaba sobre la mesa y tenia dos dias de atraso.

Distraído con la conversacion de Gaspar, aquel dia no tan solo pasó la hora en que acostumbraba dedicarse á la lectura de aquel periódico oficial, sino tambien la de cenar; y como Casilda, estaba echando un buen sueño y las chicas asaz entretenidas con la escena amorosa, nadie se acordó de llamarle la atencion. Sirvióse sobre la mesa el consabido guisado y la acostumbrada ensalada, y D. Diego suspendió su lectura para seguirla despues, porque como buen militar gustaba mucho de las noticias de la guerra, y cabalmente se hallaba repasando los efectos que habia causado en la política general de Europa la muerte de Federico II de Prusia, de aquel soberano á quien la admiracion de las naciones civilizadas y el reconocimiento de su país dieron el título de *Grande*. La reciente revolucion de Holanda debilitaba en efecto el poder de los Borbones, si Carlos III, con su política prudente y conciliadora, no acertaba á evitar los compromisos é impedir un nuevo trastorno europeo. Y así lo hizo aquel gran monarca, pues no tan solo consiguió que el gobierno británico escuchase en aquella crítica ocasion sus prudentes exhortaciones; no tan solo consiguió acallar las turbulencias que ya comenzaban á rugir en Francia, y que á fuerza de fermentar estallaron despues de muerto Carlos III, sino que comprendiendo este monarca la conveniencia de estar en estrecha amistad con una nacion tan vecina como el Portugal, puesto que siempre ha formado parte de la nacion ibérica, destinada por su nacimiento á ser hermana nuestra, dedicóse á estrechar con nuevos lazos las relaciones de parentesco que unian ya las familias que ocupaban ambos tronos. Así es que con el sigilo que acostumbraba usar en todas estas cosas, negoció en aquella ocasion y llevó á cabo el doble enlace de su tercer hijo el infante D. Gabriel con la infanta de Portugal doña Mariana Victoria, y el de la infanta doña Carlota, primogénita del príncipe de Astúrias, con el infante D. Juan de Portugal, hijo segundo de aquellos monarcas. Celebráronse ambas bodas en Lisboa y en Madrid, con general alegría de ambos pueblos y no sin alguna envidia de otras naciones, que apreciaban en todo su valor las ventajas de la union política de ambos reinos peninsulares.

Habíase solazado no poco D. Diego, enterándose de la generosidad y largueza de Cárlos III, remunerando á cuantos habian intervenido en los tratos. En la *Gaceta* de aquel dia se habia insertado todo aquello con estremada minuciosidad, y don Diego habia saboreado con especial fruicion aquellos párrafos, suspendidos á su pesar por la llegada de la cena.

Cenó, en efecto, toda la familia reunida, hablándose largamente de la funcion del dia siguiente, motivo mas que suficiente para entretener á dos muchachas que ansiaban divertirse, y algo mas algunas de ellas. D. Diego se mostró bastante mas amable y accesible, merced, sin duda, á lo mucho que le habian distraido las noticias tradicionales que le habia referido Gaspar, ó debido, tal vez, al contenido de la *Gaceta*; pero lo cierto es que se mostró asaz jovial con las niñas, y despues de haber rezado, como de costumbre, á la conclusion de la cena, se despidió cordialmente de ambas deseándolas buena noche, y que se dispusieran debidamente para en el siguiente dia hacer honor á su casa; marcháronse todos, y habiéndose quedado solo D. Diego, aproximó la palmatoria á sí, cogió otra vez la *Gaceta* y prosiguió su comenzada é interesante lectura, leyendo poco mas ó menos lo siguiente: «A nuestro embajador en Portugal, conde de Fernan Nuñez, se le ha dado plaza con sueldo en el Consejo de Estado; al marqués de Lourizal, embajador en Madrid, se le ha conferido el toison de oro; á D. José de Galvez, que leyó y firmó la capitulaciones, se le ha dado el título de marqués de la Sonora, libre de lanzas y anatas; al marqués de Llanos, que pasó á las entregas, plaza tambien efectiva en el Consejo de Estado; al duque de Almodóvar, empleo de mayordomo mayor y caballero de la infanta portuguesa; se ofrecido la encomienda para su hermano, al patriarca que hizo los matrimonios, y hasta los capellanes de honor de la jornada, Sr. D. Justo Hernandez de la Riva y Sr. D. Antonio de Luna, han obtenido gracias ó distinciones.» Todos recibieron recompensas, menos el gran Floridablanca, que rehusó el toison de oro con que se le brindaba. Leia todo esto D. Diego con estremado interés; pero al pronunciar el nombre de D. Antonio de

Luna, soltó el papel de sus manos, y cual si le hubiese picado un reptil venenoso saltó fuera de la silla, y comenzó á correr desaforado por la sala: toda su sangre habia refluido al cerebro; sus ojos estaban inyectados; sus cabellos en desórden; hubiérase dicho que era un loco en lo mas fuerte del acceso; una fiera encerrada en una jaula, y hostigada por un choque este-rior. En un solo momento habia desaparecido toda su tranquilidad, y el nombre de D. Antonio de Luna habia hecho vibrar la cuerda mas sensible de su organismo, sacándole fuera de sí y hasta amenazando su existencia.

—¿Con que hay un Luna en el mundo? ¿Con que hay un resto del infame D. Lope que, cual fatídica sombra, se presenta á mi paso en esta vida? Y para mi mayor dolor este hombre se halla revestido del traje sacerdotal... no importa... le buscaré; le hallaré, y en su persona vengaré la afrenta que osó arrojar sobre mi honor aquel infame seductor... he jurado vengarme en cuantos Lunas se me presenten, y vive Dios que sabré cumplir mi juramento.

Permaneció un buen rato en tan estraviadas ideas, midiendo el cuarto á largos pasos, y haciendo todos los ademanes que pudiera hacer un loco. Tan pronto se paraba, y fijando su vista en un objeto cualquiera que no veia, parecia redoblarse su furia, como cruzaba sus ojos cual si tratara de reconocer el extravío de su imaginacion. Cogió de nuevo la *Gaceta*, y despues de haber leído otra vez el párrafo homicida, pues tal es la condicion humana que buscamos á veces, lo mismo que sabemos no hace daño, pasó adelante, y vió con indecible descontento otro suelto en que se se decia que el tal capellan de honor, don Antonio de Luna, debia partir en breve para Filipinas, donde se le habia conferido un destino de importancia.

—¡Habrà fatalidad! se decia Mendoza; ahora que la suerte me habia deparado el medio de desahogar mi rabia contra un Luna; ahora que iba á ver cumplidos todos mis deseos, me encuentro con que ese hombre desaparece de mis uñas como una sombra... quizás sea esto un aviso del cielo para alejar de mí al crimen, para que recuerde los buenos consejos del P. Luis,

que he tenido la flaqueza de olvidar en este momento... para evitarme, tal vez, el ser sacrilego. Y apoderándose poco á poco de su espíritu estas ideas de templanza y moderacion, cayó en una silla como abrumado bajo el peso de tanto sufrir.

Permaneció en tal estado un buen rato, enjugó su húmeda frente, y dando paso á mejores ideas, se serenó por grados hasta recobrar su perdida calma. Cogió la palmatoria y se retiró á su alcoba, donde no dejó de cabilar, hasta que el sueño vino á cerrar sus párpados.